

FEMINISMO Y NARRACIÓN

Elena Nájera Pérez. Universidad de Valencia

Abordar el problema de la identidad personal parece tener algo de fabulosa aventura: remontarse por el yo hasta llegar a sus fuentes. Al menos éste es el lugar prometido que alienta la tematización narrativa que de la identidad desarrollan Charles Taylor y Seyla Benhabib. El ánimo de esta comunicación es clarificar los términos de la crítica que desde el feminismo le hace la segunda al primero. Lo que así nos proponemos, valiéndonos de la perspectiva de S. Benhabib, es contar algo de ese yo que se enreda y se recrea en la narración de su biografía. Pero ese *algo* del yo en el que nos vamos a detener apenas parece un breve alto en la odisea de la identidad personal, una desapercibida y deleble nota a pie de página —a pesar de que es el sustento del texto. Se trata de la incardinación de ese yo en un cuerpo y de la significación sexual y de género que, en consecuencia y sin remisión, lo atraviesa.

Ch. Taylor y S. Benhabib están de acuerdo en plantear un modelo narrativo para conceptualizar la identidad personal y en que tal modelo es el adecuado para dar razón de la dimensión práctica que la define. Somos seres en acción y la naturaleza de nuestro ser agentes consiste en un no poder dejar de buscar sentido. Es la secular búsqueda de cada persona a lo largo de su vida de las fuentes del yo. Fuentes cuyo hallazgo es con cada nuevo paso siempre prorrogable, una promesa incumplida que se difiere en el transcurrir de nuestra biografía, con cada gesto de proyección al futuro. La vida es un ser y un llegar a ser: una historia que va desplegándose en el tiempo y que sólo puede hacérsenos manejable e inteligible bajo la forma de una narrativa coherente que tiene a cada uno de nosotros como su singular protagonista y artífice. Me comprendo a mí misma en la hondura temporal de una compacta e íntima narración que entreteje mi pasado a mi porvenir al hilo del presente. Miramos hacia atrás y hacia adelante recogiendo y sembrando sentido, el sentido de nuestra única y singular biografía¹.

Esta narración de la propia identidad se constituye en el seno de una red ilimitada de narraciones. El sentido es una cuestión intersubjetiva, no de monólogo, sino de conversación en comunidad. La identidad se fragua en el espacio común y público del lenguaje. Esa es la situación original que define el lugar donde me hallo y quiénes son los personajes que participan de mi historia. El yo es tal en tanto que es interlocutor y miembro, sabe quién es en la medida en que sabe con quiénes dialoga, pues sólo esta tesitura del coprotagonismo le permite la autodefinición y el autoentendimiento. Su interpretación de sí es necesariamente permeable a las interpretaciones que a propósito de su actuar elaboran los demás. Se trata —en palabras de Taylor— de la «incrustación en la urdimbre de la interlocución»².

El yo está inmerso en un entramado de relaciones con los demás. Pero éstas no discurren siempre por buen cauce. Las ocasiones en las que se acoplan como verdaderos diálogos

¹ Cfr. Ch. Taylor, *Fuentes del yo*, Paidós, Barcelona, 1996, pp. 63ss y S. Benhabib, «Sexual Difference and Collective Identities. The New Constellation», pp. 16ss y «Fuentes de la identidad y del yo en la teoría feminista contemporánea», conferencia pronunciada en el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Valencia, mayo de 1995, pp. 26ss..

² Cfr. Ch. Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 51ss..

son más bien escasas. Contrariamente al optimismo de Taylor al respecto³, nuestras interacciones frecuentemente desembocan en disputas y reyertas. Nos enredamos en las redes de la interlocución tanto en las conversaciones con los demás como en la recomposición de interpretaciones que hace nuestra biografía. La intersubjetividad se asemeja en cierto sentido a un laberinto donde no es difícil perderse o al menos perder algo de uno mismo en el recorrido —algún lastre— para aligerar el paso. Las narraciones están salpicadas de borrones y desperfectos. Algunos capítulos de nuestra identidad son puestos al margen a modo de notas que parecen irrelevantes, abocadas a la anécdota. Este es el *topos* que en la narración se reserva para la corporalidad y el género.

Nuestra apertura a las cosas —como reconoce Taylor— es corporal. La perspectiva humana del mundo es la propia de seres con cuerpo y en virtud de ello en acción⁴. La vinculación somática al mundo es tan estrecha que no se puede soslayar que nuestra autoconciencia se construye en la experiencia de la corporalidad, experiencia atravesada de modo decisivo por la sexualidad. La inserción en la urdimbre de la interlocución se desarrolla en continuidad con las determinaciones que genera la corporalidad. Nos vemos obligados a urdir la trama de nuestra biografía en un contexto en el que hemos sido arrojados y que acoge diferentes juegos de lenguaje, cuanto menos: el familiar, el colectivo y el de género. En este último se reproduce y se aprende la construcción simbólica y socio-histórica que opera dicotómicamente sobre las diferencias anatómicas sexuales. Es una de las mallas que no elegimos. Bien al contrario, consiste en una opción cultural e históricamente determinada que nos apresa y constriñe ya desde los primeros y balbuceantes comienzos del relato⁵.

Comprendemos nuestra identidad en el seno de la mundaneidad y de la comunidad a las que pertenecemos y ambas están surcadas de principio a fin por el sistema dual del género-sexo. Sin embargo, éste no parece lo suficientemente potente como para imprimir un cariz decisivo a la narración. En el planteamiento tayloriano sería asimilable a una característica distintiva que, no obstante, no introduce una diferencia determinante en el espacio de actitudes morales que define la identidad, es decir, no modula en modo alguno la pretensión ontológica sobre la naturaleza y las condiciones de los seres humanos que los hace dignos de respeto moral⁶. La categoría del género es indiferente en lo que atañe a las propiedades que marcan al ser humano como objeto idóneo de nuestras reacciones. Los agentes son asexuados, su género se camufla tras nuestras intuiciones morales, como si el cuerpo humano estuviese intacto, como si permaneciese original e inmaculado tras el paso de las incesantes narraciones e interpretaciones que constituyen la vida, como si la corporalidad fuese, en definitiva, natural y no la respaldase ya una ontología.

El objetivo de Taylor de corregir la abstracción del universalismo moral anclándolo en el contexto concreto de la comunidad y desarrollando un reconocimiento de las diferencias específicas de cada persona o grupo queda frustrada en lo que atañe al carácter sexuado y de género de los individuos. S. Benhabib lo acusa de no prestar la debida atención a la dimensión somática de la identidad personal. Desde la terminología que utiliza esta pensadora —y tal vez radicalizando sus intenciones— podríamos decir que Taylor no asume con coherencia un *universalismo interactivo* capaz de pensar al otro concreto, es decir, capaz de reconocer la pluralidad de modos de ser humano, y de distinguir entre ellos, sin inhabilitar

³ Cfr. Ch. Taylor, «The Dialogical Self» en R. F. Goodman, *Rethinking Knowledge*, Suny Press, Nueva York, 1995, pp. 310ss..

⁴ Cfr. Ch. Taylor, *Argumentos filosóficos*, Paidós, Barcelona, 1997, pp. 44ss..

⁵ Cfr. S. Benhabib, «Fuentes de la identidad...» pp. 18ss., «Sexual Difference...», pp. 16ss. y «El otro generalizado y el otro concreto» en *Teoría feminista y teoría crítica*, pp. 125ss..

⁶ Cfr. Ch. Taylor, *Fuentes del yo*, cap. 1.

la validez política y moral de todas esas pluralidades y diferencias⁷.

La diferencia es, según este planteamiento, el punto de partida para la reflexión y para la acción. Y el sistema sexo-género introduce, en un sentido indeleble, una distinción sustancial en la realidad social en tanto que es la forma fundamental en la que ésta se organiza y se vivencia. En palabras de Benhabib: «el sistema sexo-género es la red mediante la cual el yo desarrolla una identidad incardinada, determinada forma de estar en el propio cuerpo y de vivirlo»⁸. La identidad personal implica asimilar de la comunidad humana en la que se incrusta nuestra narración un modo determinado de experimentar la realidad somática, tanto psíquica como social y simbólicamente. La universalidad, lejos de negar la identidad incardinada de las personas, ha de ser un proceso de lucha de los yos concretos que se esfuerzan por formar y definir su autonomía, y no una defensa subrepticia de las experiencias de un grupo específico —en este caso el género masculino— que eleva la pretensión de constituir paradigmáticamente la identidad de lo humano.

El género cae dentro de un subtexto que queda al margen de la narración, en el nivel inconsciente del relato, precisamente porque adopta la perspectiva masculina y, en consecuencia, no se toma en cuenta su ingrediente hermenéutico de ficción, bien al contrario, se naturaliza. Sin embargo, nuestra biografía sigue conteniendo esa otra historia de los roles genéricos, que nos determina en buena medida, a pesar de que no nos demos por enterados. S. Benhabib recurre a un concepto psicoanalítico para aclarar la operatividad del género en la identidad: se trata de la *memoria somática* que habita en el inconsciente⁹. Nuestro cuerpo tiene una manera específica y singular de acomodar los acontecimientos que conforman nuestra vida y estos, por ello mismo y a cambio, no pueden sino dejarle marcas que testimonian su paso. La sexualidad jalona nuestra biografía y, por lo tanto, ella misma es registro de los momentos de la narración. La corporalidad es el lugar de combate de nuestra historia, lo que supone que la identidad personal no puede hilarse haciendo abstracción de la experiencia somática y sexual, a pesar de que ésta quede en parte sumida en lo no consciente, en aquel archivo que el yo presume no consultar para *dar cuerpo* a su relato.

Los subtextos están impresos en nuestra corporalidad y a propósito de ella se incorporan sin lugar a dudas a nuestra narración. Es por ello que el yo nunca es soberano, pues depende de contextos que escapan a su dominio, como es el contexto de la sexualidad y de la construcción socio-cultural del género que sobre ella se opera. O, en todo caso, cabría decir que sólo el yo masculino carece de cortapisas en la elaboración de su propio punto de vista, punto de vista que no obstante sería —y así es como lo juzga el feminismo postestructuralista— represivo e ilusorio. Sin embargo, la pretensión de S. Benhabib al parafrasear la sentencia freudiana, «el yo no puede ser nunca señor de su casa», es otra. Al yo lo constriñe aquello que desestabiliza su dominio, a saber, el inconsciente, lo que significa que, para sostenerse soberano, habría de oprimir una parte importante de la identidad. Pero este hecho no ha de inducirnos el empeño de librarnos del yo, por el contrario, se trata de reconciliarlo con los límites inevitables de su propia perspectiva y entretejer junto con ellos una historia coherente y ordenada.

Antes que un punto de vista señorial hay que adoptar uno doméstico para pensar la identidad personal, pues ésta es un juego interminable de múltiples voces enfrentadas entre sí: la voz del señor, la de los demás miembros de la casa, la mía. El yo se halla en un contexto psicósomático irreducible a un único y hegemónico eje narrativo. Se trata de una pluralidad de hilos que cabe tejer en un solo texto enmendando la fragmentación y el sin

⁷ Cfr. S. Benhabib, «El otro generalizado y el otro concreto», p. 127.

⁸ S. Benhabib, «El otro generalizado y el otro concreto», p. 125.

⁹ Cfr. S. Banhabib, «Fuentes de la identidad ...», p. 25.

sentido. Se trata de articular inteligiblemente a raíz de la insoslayable pluralidad de ecos narrativos nuestra capacidad de acción y realización¹⁰.

Para S. Benhabib la identidad sexual definida en términos de categorías genéricas no constituye la identidad personal. El género es una voz más a recomponer en nuestra biografía. Las fuentes del yo yacen en un lar más profundo, tan abisales son que recorren de cabo a rabo la narración de nuestra historia, quedando su descubrimiento prendido en la narración, tejido en la misma carne del texto y consumado como tal. Son las aguas que se filtran entre la urdimbre y la mantienen a flote. Se trata, en definitiva, del ser del yo como ser creativo de su propia vida. La identidad personal se forja alrededor de un eje narrativo cuyos límites están en constante flujo y reflujo. Es en virtud de esta creatividad interpretativa que puede satisfacerse nuestra necesidad de significado y autoentendimiento. Partimos de las opciones narrativas que especifica un contexto de interlocución determinado, pero éstas nunca son exhaustivas, bien al contrario, una vez asumidas se abre la posibilidad de la innovación, de la continuación del relato a la manera de cada cual. Nuestra biografía está determinada a la vez que es ineludible¹¹.

La crítica de Benhabib concluye afirmando que los procesos de socialización y aculturación no agotan la historia de la vida de una persona. Este es también el presupuesto de Taylor. El desarrollo que lleva a cabo nuestra pensadora del modelo narrativo para concebir la identidad personal acaba concediendo que las determinaciones de género son un elemento más a recrear y aunar en nuestra biografía. No plantea una alternativa real a la conceptualización de la identidad de Taylor a pesar de que le acusa de subtematizar el problema del cuerpo y, en consecuencia, sugiere que ahí precisamente se encuentra una de las fuentes del yo especialmente relevante para las inquietudes feministas. La distancia entre ambos se abre en otro frente, a saber, en el modo de pensar las condiciones de coherencia que han de estructurar toda narración. Tales condiciones son esenciales para bosquejar una narrativa con sentido que posibilite el pensamiento y la acción.

Narrando nuestra historia tratamos de neutralizar y recomponer la persistente amenaza de sin sentido y fragmentación que la ciñe. Para Taylor tal exigencia no puede satisfacerse si no es en el seno de una orientación moral básica, de un horizonte que marca un espacio de motivaciones y valoraciones en relación con lo correcto y a lo errado. El relato se ha de ordenar en las coordenadas de un marco referencial que vehicula una serie de sólidas distinciones y evaluaciones cualitativas sobre el bien en términos de las cuales se miden los deseos y fines de la vida¹². Benhabib entiende que este planteamiento compromete la identidad personal con un modelo fuerte de integridad moral que, sin embargo, no tiene que ser necesariamente constitutivo del yo. Este más bien se define adoptando una serie de actitudes ante un conjunto de bienes y de evaluaciones generadas a raíz de tales bienes. La identidad personal radica en creencias de segundo orden respecto a los compromisos de primer orden, creencias éstas que van configurando una biografía con sentido para uno mismo y los demás. Los vínculos evaluativos fuertes no son imprescindibles para componer la historia¹³.

Concluyendo, el desacuerdo entre Taylor y Benhabib radica en el estatuto del compromiso del yo con una determinada concepción del bien. Para el primero éste es un requisito estructural ineludible del hacer humano; para la segunda, un vínculo que imprime

¹⁰ S. Benhabib, «Fuentes de la identidad...», pp. 25ss.

¹¹ Cfr. S. Benhabib, «Fuentes de la identidad...», pp. 19ss. Taylor también está de acuerdo con esto, cfr. *Las fuentes del yo 2. 2.*

¹² Cfr. Ch. Taylor, *Fuentes del yo*, caps. 1 y 2.

¹³ S. Benhabib, «Fuentes de la identidad...», pp. 20ss.

al yo un carácter esencialista no sólo prescindible, sino también negativo en tanto que capaz de anquilosar la narrativa. Cabe plantearse si la crítica de Seyla Benhabib es, no obstante, consistente con la tónica de su planteamiento feminista. La búsqueda de las fuentes del yo no adquiere un cariz específico en el caso de que sean las mujeres las que la emprenden, pero ella misma ha advertido de la distorsión que sufre la tarea en algunos jalones claves de la identidad y especialmente relevantes para lo femenino, como son la corporalidad y la sexualidad. Esta distorsión no se deja reducir tan fácilmente a una mera voz que confluye con otras en actitud conciliadora. La identidad personal —concluye además Benhabib— es un logro frágil que necesita del sostén de una comunidad solidaria que la cuide y proteja¹⁴. El requisito de coherencia parece exigir, en ese sentido, un compromiso del tipo aludido por Taylor si es que pretendemos formar y definir una identidad diferenciada y especialmente frágil y constreñida, como acaso sea la de las mujeres y si es que ésta nos inquieta ya no sólo desde un punto de vista personal sino también político. La débil crítica de Benhabib a Taylor y su fracaso en el planteamiento de una alternativa real deja el camino del yo abierto a la disyuntiva que precisamente quería erradicar, a saber, esencialismo o fragmentación.

* * *

Elena Nájera Pérez
Dpto. de Metafísica y Teoría del Conocimiento
Facultad de Filosofía
Avda. Blasco Ibáñez s/n
Valencia

¹⁴ S. Benhabib, «Fuentes de la identidad...», pp. 20ss.